

De la desmilitarización a la remilitarización

CRAIG A. DEARE*

Resumen

Los principales desafíos confrontados por la región son internos, relacionados fundamentalmente a asuntos de desarrollo, y la no resolución de los mismos conlleva dificultades de seguridad y defensa. Por su parte, Estados Unidos contribuye al problema del incremento de la militarización en la región por sus propias carencias internas; requiere una re-estructuración fundamental en sus sistemas de relaciones exteriores y seguridad nacional y un énfasis mayor en la región.

Palabras clave: Estados Unidos, América Latina, Desmilitarización, Remilitarización

Abstract

The principle challenges which confront the region are primarily of an internal aspect, which are related to characteristics of a developmental nature – political, economic, social, and legal – and are not those related to security and defense threats per se. For its part, the United States contributes to the problem of increasing militarization in the region due to its internal shortcomings; a fundamental restructuring in its foreign policy and national security systems is required, as is a need to place greater emphasis on the region.

Key words: United States, Latin America, Demilitarization, Remilitarization

* Profesor de Asuntos de Seguridad Nacional en el Centro de Estudios Hemisféricos de Defensa (National Defense University) en Washington DC, entre 2001-2014. Los comentarios del autor constituyen su opinión personal y profesional, y no representan la posición oficial del Gobierno Estadounidense, el Departamento de Defensa, la Universidad Nacional de Defensa, o el Centro William J. Perry de Estudios Hemisféricos de Defensa.

Introducción

En el 2008, publiqué un artículo en la revista *Foreign Affairs Latinoamérica*, tratando un aspecto del tema de la militarización en América Latina. Mi enfoque en aquel entonces se orientó en parte a lo que yo llamaba la participación “inconciente” estadounidense en esa realidad coyuntural. Con la invitación a contribuir a este compendio, me pareció que quizás sería interesante re-visitar ese artículo, y de esa manera analizar los cambios – para bien y para mal – durante la década entre medio.

Entonces escribí que el tema de la militarización en América Latina es, como dirían los colombianos, muy complicado; esa realidad no ha cambiado. De manera directa e indirecta, hay muchos factores que contribuyen a la realidad actual, y no pretendo profundizarlos todos en este ensayo; otras contribuciones en esta edición seguramente ampliarán el debate. Mi propósito es plantear algunas de las causas principales y analizar con mayor atención una de esas causas –lo que yo llamo la participación “inconciente” estadounidense en esta realidad coyuntural.

En 2008, escribí que a mi juicio, la década de los “00s” podría ser, cuando fuera vista en el espejo retrovisor del futuro, como los años cuando las tendencias militares volvieron a tomar trascendencia a través de América Latina. Las transiciones de gobiernos militares a civiles que tuvieron lugar a lo ancho y largo de la región comenzaron en los años 80, y se vieron fortalecidas durante los años 90. Esto no significaba que hubiese desaparecidos los desafíos relacionados con las relaciones civiles-militares, ni mucho menos con las democracias; los casos de irregularidades no eran menores, como lo de Fujimori en Perú con el autogolpe; los acontecimientos con golpes, no golpes, y cuasi golpes en Venezuela; los cambios imprevistos de Ecuador, etc. Tampoco eso implicaba que la calidad de las democracias había alcanzado los niveles deseados, caracterizados como “democracias iliberales” por Fareed Zakaria; quedaba mucho por hacer. Sin embargo, existía la percepción generalizada que los países de la región habían dejado atrás conceptos relacionados a la utilización de las fuerzas armadas para solucionar problemas de la gobernabilidad, y que el futuro de la región se podría caracterizar como democrática –con controles mayores de las autoridades civiles sobre las fuerzas armadas– y sobre todo no militarizada.

Parte de esta percepción se basaba en los gastos de defensa reducidos –un promedio bastante menor del 2% del PIB, que ha sido el promedio mundial del gasto militar. Otro factor clave contribuyendo a esa

percepción tenía que ver con la disminución de las famosas “hipótesis de conflicto” entre algunos de los rivales más fuertes en la región. A pesar del conflicto renovado entre Ecuador y Perú en 1995, la acción diplomática de los países garantes –Brasil, Argentina, Chile, y los Estados Unidos– para minimizar el conflicto fue rápida y efectiva. Fue la época cuando se dio comienzo a las Cumbres de las Américas (1994), las Conferencias de los Ministros de Defensa (1995), las reuniones dedicadas a la creación de medidas de confianza mutua (1992), la innovación de establecer por primera vez en varios países ministerios de defensa liderados por civiles. Quizás otro elemento simbólico contribuyendo a la percepción de una reducción de militarización fue la salida de los Estados Unidos de la Zona del Canal de Panamá en 1997, reduciendo la presencia militar permanente de ese país en América Latina. Lo cierto es que esa percepción que existía al terminar la década de los 90 –la de una región no (o ciertamente mucho menos) militarizada, de una región más segura y pacífica– ya no existe, y es evidente, a estas alturas del 2018, que la región está más desintegrada y menos segura que hace 10 años atrás.

Incluso, se reconoce que para el 2008 la región se encontraba en la época que Larry Rohter caracterizó como la “marea rosa”. Si bien es cierto que la vanguardia del movimiento en aquel momento hacia la izquierda –sin duda influenciada por Fidel– había sido liderado por Hugo Chávez, fue hasta después de su re-elección en el 2006 que sus esfuerzos de desafiar a los Estados Unidos reciben apoyo adicional. Un ejemplo claro fue la creación de ALBA (la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América) entre Cuba y Venezuela en el 2004. Las elecciones de Tabaré Vázquez en el 2005, Bachelet en el 2006, la re-elección de Lula en el 2006, Evo Morales en el 2006, Rafael Correa en el 2007, Cristina Fernández de Kirchner en el 2007, la re-elección de Ortega en 2007, y otros más contribuyeron a una condición en la cual “la izquierda” latinoamericana formaban una mayoría en América del Sur. Como consecuencia, se observa el proceso de la creación de la UNASUR (Unión de Naciones Suramericanas) a partir del 2008. Y en el ámbito militar, en 2009 se establece el Consejo de Defensa Suramericano (CDS), cuyos objetivos incluyen “consolidar una zona de paz suramericana; construir una visión común en materia de defensa; y cooperar regionalmente en materia de defensa”¹. El período entre el 2005 y el 2015 representaba el apogeo de la izquierda, cuando ALBA alcanzó tener más de diez

1 <http://www.unasursg.org/es/consejo-defensa-suramericano-unasur>.

países miembros. Sin embargo, con el debilitamiento de salud y las subsecuentes muertes de Hugo Chávez y Fidel Castro, junto con la caída de la economía venezolana, resultaron en una situación que, cada vez más, ALBA, UNASUR, y el Consejo de Defensa Suramericana se reducen a entidades irrelevantes.

1. América Latina: una región fragmentada

En el artículo del 2008, escribí que tratar el tema de la re-militarización en la región es un tanto peligroso por varias razones, incluyendo el hecho que hay países en los cuales no hay evidencia del fenómeno. Más aún, hay que reconocer que hay matices en lo que uno llame la militarización. Para algunos, tiene que ver con la potencialización de las fuerzas armadas; para otros, podría ser la utilización de las fuerzas armadas en tareas no tradicionales como el desarrollo. Otros se refieren a la utilización de las fuerzas armadas para combatir las amenazas internas de característica militar, o para realizar misiones que en un mundo idóneo se limitaría a las policías –como combatir al crimen organizado. Finalmente, puede llamarse a la existencia de hecho, sin bien no *de jure*, de un gobierno militar. Visto desde una perspectiva completa, es obvio que sí hay niveles notables de militarización a lo largo del hemisferio.

Siempre es arriesgado generalizar al hablar de América Latina, dada su gran heterogeneidad; sin duda el tema específico de la militarización es otro ejemplo importante de ese riesgo. Obviamente, los países comparten muchas características culturales similares, sobre todo la herencia española y la lengua castellana (con la excepción notable de Brasil). Pero los 19 países latinoamericanos tienen 19 historias distintas –algunas realmente únicas– que no se prestan a una agregación fácil o sencilla. No obstante, dada la sensación que de una tendencia a la militarización de muchos aspectos en el agenda regional, vale la pena analizar cuáles son los factores mayores de dicha tendencia. Como con cualquier temática en Latinoamérica, hay excepciones; quizás la más notable es el caso de Argentina, en donde las políticas de los gobiernos post-régimen militar, y sobre todo durante los últimos diez años, han dejado las fuerzas armadas con un presupuesto menor al 1% del PIB (en 2018 la cifra es 0,84% del PIB), “sufriendo vicisitudes debido a factores del pasado y del presente” como me comentó un colega chileno. Otro ejemplo notable es el caso de México, que a pesar de una tarea explícita de confrontar al crimen organizado, opera con un presupuesto de apenas 0,5% del PIB.

Hay otros casos interesantes que merecen breve mención en el espectro de la militarización. En un

extremo se observan los ejemplos de países en donde los gobiernos han decidido no tener fuerzas armadas para proveer la seguridad interior y la defensa nacional, que son Costa Rica (desde 1948) y Panamá (desde 1990). En el otro extremo destacan los países donde las fuerzas armadas dominan el poder político y económico, que son Cuba (desde los 60's) y Venezuela (desde los 00's). El dominio de las fuerzas armadas cubanas es tal que el Stockholm International Peace Institute (SIPRI), a la sazón una de las instituciones más reconocidas en su análisis de defensa, no es capaz de divulgar cifras para Cuba.

Sigue siendo la realidad que, en general, los factores esenciales que han contribuido a un énfasis mayor en la utilización de las fuerzas armadas en la región son los siguientes: variaciones en el sistema internacional; la actuación de algunos países clave del hemisferio; desafíos y amenazas internas y transnacionales; debilidades estructurales en muchos de los países de la región; y, el papel cambiante de los Estados Unidos. No me quiero extender con todos los factores, pero sí los tengo que tratar brevemente.

Empecemos con el factor que está afectando al mundo entero –las variaciones en el sistema internacional. Aunque no tenga un efecto causal en la cuestión de la militarización, sí juega un rol importante en general. La caída del muro de Berlín y con ello la terminación de la Guerra Fría para los 90's no afectó en gran medida las realidades de América Latina en ese momento. La declinación relativa del poder de los Estados Unidos no se veía con claridad para el 1998; inclusive, el canciller francés Hubert Vedrine describía a los EEUU como la “hiperpotencia,” y al mencionar otros países como “poderes de influencia” incluía a la misma a Francia, Alemania, Inglaterra, y Japón...pero no a China. Y ahora, 20 años después, China es reconocida como el gran poder que es, y su influencia está creciendo a una velocidad extraordinaria. India, por su parte, también ha emergido como un actor de gran peso en el sistema internacional. La entidad económica más grande del mundo actual es la Unión Europea (aún sin la presencia del Reino Unido), cuyo PIB excede al de los Estados Unidos. Los avances tecnológicos en el ámbito de la tecnología informática y su impacto en la comunicación, transporte, computación, medicina, redes sociales, inteligencia artificial, “big data”, y otros, aceleraron el ritmo de la globalización en general y la economía mundial específicamente. El mundo ha cambiado, Estados Unidos juega un papel menos dominante en general, y esa realidad también se refleja en la región, creando condiciones distintas. Con la disminución de la presencia norteamericana, se ve mayor involucramiento de otros actores no tradicionales, sobre todo China, pero también Rusia e Irán.

Los actores regionales también juegan un papel directo en la militarización. Brasil, durante la gestión de los presidentes Lula da Silva y Dilma Rousseff empezó a ejercer un rol de liderazgo que siempre se esperaba del país pero que pocas veces se realizaba. Sin embargo, después del *impeachment* de la Presidente Dilma y los escándalos actuales de corrupción relacionados al Lava Jato y la empresa Odebrecht dicho liderazgo se ha debilitado significativamente para el 2018.

Por otra parte, se podría notar las mejoras en las capacidades militares y los aumentos de presupuestos de defensa en Chile y Perú. Además, habría que reconocer los éxitos de la estrategia de la Seguridad Democrática en Colombia con el empleo innovador de las fuerzas armadas y otros elementos del gobierno que contribuyeron al proceso de paz en ese país, a pesar de sus desafíos en concretarse.

En contraste, las fuerzas armadas en Centroamérica se han reducido de manera dramática después de los conflictos armados en Guatemala, Nicaragua, y El Salvador.

Tratándose del caso de México, el Presidente Enrique Peña Nieto se ha visto obligado a continuar con la política de su predecesor de emplear las fuerzas armadas para combatir al narcotráfico y al crimen organizado, dada la incapacidad y falta de confianza en las policías federales, estatales, y municipales.

En otro orden, conviene hacer mención al esfuerzo de la administración de Obama de cambiar la política con respecto a Cuba, un atrevimiento cuyos fines eran laudables. Desafortunadamente, como en algunos otros casos durante la gestión de Obama, los logros alcanzados se quedaron cortos. Cuando Fidel falleció en noviembre del 2016, el estado de autoritarismo que estableció durante más de 50 años seguía en plena vigencia. Y aún con el cambio de Raúl Castro a Miguel Díaz-Canel en la Presidencia, la realidad es que un Castro sigue dominando el espacio político, económico, y militar en Cuba, así que en Cuba no hay cambios notables.

Pero la realidad es que el actor más importante en este escenario es Venezuela bajo el liderazgo de Hugo Chávez, y la subsecuente transición a Nicolás Maduro. Las adquisiciones de armas convencionales avanzadas en los años 2000 –aviones de caza de tercera generación, submarinos convencionales, radares y misiles anti-aéreos, y más– cambiaron levemente del balance de poder regional. Esas adquisiciones no afectaron el balance *vis-a-vis* Estados Unidos, pero sí afectaron el equilibrio con Colombia y los demás países

de la región para 2008. Claramente hubo cambios importantes con posterioridad al 2008 con respecto a la manera en la que Chávez politizó a las fuerzas armadas venezolanas para implementar su Socialismo del Siglo XXI. La actualidad de la crisis en Venezuela se debe a la imposición de la ideología sobre las reglas de la economía debido a decisiones de Chávez, exacerbados por la influencia (para no decir dominio) de las fuerzas armadas y servicios de inteligencia Cubana. El otro factor notable en el caso de Venezuela es cómo, en el espacio de menos de 20 años, las fuerzas armadas venezolanas se han desprofesionalizado, optando por venderse por el dinero y dejarse corromper de manera por demás notoria. Habrá que fijarse cuando implosiona el régimen venezolano el rol de las fuerzas armadas.

Los acontecimientos entre Colombia y Ecuador después de las acciones militares tomadas por Colombia en contra de un elemento de la FARC operando en territorio Ecuatoriano el 1º de marzo del 2008 tuvieron un impacto fuerte en su momento. El punto principal es que un país de la región, tratando de combatir un conflicto interno complejo y de larga duración, se encontró con la situación en la cual los gobiernos vecinos proveían apoyo a las fuerzas insurgentes. Se observaba al gobierno colombiano en la condición de estar a solas con respecto a los demás países miembros de la OEA que se rehusaban a calificar a la FARC como un grupo terrorista. Reforzaba la percepción que en varios aspectos la región no opera de manera coordinada con respecto al asunto de seguridad y defensa. A pesar de todo, las relaciones entre Colombia y Ecuador han mejorado desde ese evento desafortunado del 2008.

Otro elemento de importancia es el entorno actual de la región. Hay que reconocer que las transiciones de la mayoría de los países del hemisferio a economías de mercado también han tenido un impacto enorme. Con las excepciones importantes de Cuba desde los 60's, Venezuela desde los 00's, los demás países han incrementado su participación en la economía del mercado global, unos más efectivamente que otros. Inclusive, esas expectativas económicas fueron responsables, en parte, de la percepción actual de inconformidad a lo largo y ancho de la región. Se pensaba que con la democracia todo iba a cambiar, y que habría armonía interna y externa; se soñaba que con economías de mercado todo el mundo iba a tener buen empleo y salarios dignos. Pero los desafíos primordiales que confrontan los países latinoamericanos –aunque no son los únicos– siguen siendo de una naturaleza de desarrollo. La calidad débil de las democracias, la naturaleza de los programas económicos, las carencias

de los sistemas de justicia y la debilidad del estado de derecho, son los asuntos críticos que los países de la región aún necesitan resolver. A pesar del crecimiento económico al nivel macro de las economías de muchos países, los índices de pobreza han bajado algo, pero aún dejan mucho que desear.

Adicionalmente, una consecuencia no prevista al adoptar economías de mercado, ha sido la disminución del estado. Esta reducción ha resultado, en algunos casos, en una falta de presencia del estado en muchas partes de la región, contribuyendo a lo que se ha nombrado “espacios no gobernados” y la falta de una “soberanía efectiva”. Esto, a su vez, ha dejado espacio para que otros actores no estatales –el crimen organizado (y no tan organizado), insurgentes, narcotraficantes, maras, y otros– ocupen esos vacíos. Todo esto ha contribuido a aumentar una percepción generalizada de mayor inseguridad, generando la duda principal con respecto a la militarización –¿cuál es, o debe ser, el rol de las fuerzas armadas para atender a los crecientes niveles de inseguridad y asegurar la soberanía del estado? Las respuestas a estos interrogantes esenciales varían de país a país por muchas razones: las constituciones, las leyes y reglamentos, las prácticas, y las políticas propias de casa país.

Lo que no ha cambiado desde el 2008 tiene que ver con la ineptitud de la mayoría de los gobiernos civiles para solucionar estos desafíos, lo cual ha tenido como efecto el crecimiento de una cantidad de amenazas internas –y de manera creciente, transnacionales– contra la seguridad humana y ciudadana. El crimen organizado, la violencia generada por las *maras* y pandillas, el tráfico de drogas, personas, armas de fuego, son el efecto no deseado de la incapacidad de los gobiernos de establecer un ambiente dentro del cual las instituciones de la democracia florezcan; que la economía genere empleo suficiente para los ciudadanos del país, produciendo la riqueza deseada, y que esta sea distribuida de manera más equitativa; en donde el imperio de la ley predomine, y disminuyan la impunidad y la corrupción.

Estos desafíos del desarrollo no se resuelven con las fuerzas armadas, aunque muchos países están empleando sus fuerzas armadas por dos razones fundamentales. Primero, porque no existen –o mejor dicho, no hay confianza en las destrezas de otras instituciones más adecuadas– o porque las amenazas que han florecido superan las capacidades de las fuerzas públicas para resolverlas. De manera casi contra-intuitiva, en muchos casos los países se están re-militarizando porque las autoridades civiles no han sido capaces de crear condiciones más seguras.

Esta incapacidad de balancear más efectivamente la dinámica de desarrollo-seguridad es, en mi estimación, el factor determinante de la militarización. Y hay que decirlo: esta incapacidad de las autoridades civiles puede resultar en un ciclo nuevo de intervenciones militares, no porque lo quieran hacer los militares, sino por lo que ha ocurrido con frecuencia en la región. Las presiones para los golpes de Estado han venido de otros elementos de la sociedad inconformes con el pasado y las posibilidades del futuro.

Finalmente, otro factor que sigue contribuyendo a la re-militarización regional es una participación estadounidense “inconsciente.” Para mí, la contribución al incremento de la militarización no es a propósito de parte de EEUU; sino que es, paradójicamente, una ausencia *civil* y una presencia relativamente mayor *militar* de los Estados Unidos en la región. Tiene que ver, en parte, con la falta de atención característica de EEUU, interrumpida por periodos de crisis cuando sí presta atención. Y tiene que ver con una realidad institucional doméstica norteamericana, un legado de la Guerra Fría, que espero quede claro en los siguientes párrafos.

2. La participación “inconsciente” estadounidense

Una de las razones principales para escribir sobre este tema en el 2008, fue la carencia de atención apropiada a la región por parte de las autoridades estadounidenses. Desafortunadamente, en términos relativos, esa carencia ha continuado. Aunque se mencionó previamente que los cambios en el sistema internacional afectaban a la región, es difícil exagerar la influencia que estos cambios han tenido en uno de los actores principales del sistema, EEUU. Ahora se puede ver con mayor claridad lo que ocurría en los años 90 –el comienzo de crecimiento económico de otros actores mundiales, y todo lo que ese crecimiento implicó, incluyendo competencia por recursos como energía y alimentos; la colaboración entre entidades extremistas para tratar de expulsar a EEUU y el Occidente del Medio Oriente; los avances tecnológicos en comunicaciones y el proceso de información; y muchos más. Para un “gran poder” como EEUU con protagonismo importante e interés por tratar de mantener cierta estabilidad en el escenario global, estos cambios representan desafíos enormes.

Dejando de lado las cuestiones relacionadas a “soft power” (no porque no sea importante; lo es; pero nos falta espacio) el número, la naturaleza, y el nivel de riesgo que representan las amenazas y desafíos a la estabilidad del sistema internacional, y con ello la

seguridad nacional de los EE.UU, en el resto del mundo es mucho más complejo que durante la Guerra Fría. Las realidades geopolíticas actuales que se presentan en Asia del Este, Medio Oriente, Asia Central, gran parte de África en general, y los casos específicos de Corea del Norte, Irán, China, Rusia, Pakistán, y otros, ocupan la atención diaria del Presidente, el Departamento de Estado, el Departamento de Defensa, y las agencias de inteligencia. Además, el Departamento de Defensa está efectuando operaciones de combate en Iraq y Afganistán que también requieren vigilancia y tiempo. Existen amenazas reales de terrorismo, la posibilidad de proliferación nuclear, países con capacidades militares en expansión, entre otras. En general, estas condiciones ocupan la mayoría de la atención de los principales tomadores de decisión del país, dejando muy poco tiempo para prestar atención a asuntos de relevancia en el hemisferio occidental. Para los especialistas que estimen que esta parte del mundo –el hemisferio occidental– es de gran importancia estratégica para los Estados Unidos, es conveniente recordar lo que dijo la gran “filósofa” Mafalda – “lo urgente no deja tiempo para lo importante.”

Otro factor independiente pero ligado íntimamente tiene que ver con los atentados del 11 de septiembre del 2001. Con esto quiero decir que aún si esos ataques no hubiesen ocurrido, los Estados Unidos estarían preocupados de todas maneras con los asuntos del resto del mundo; es un actor global. Sin menospreciar la gran influencia de la burocracia federal estadounidense en el proceso de generar políticas y estrategias, las personas en los puestos clave en aquella ocasión –el Presidente George W. Bush, el Vicepresidente Cheney, el Secretario de Estado Powell, el Secretario de Defensa Rumsfeld, el Subsecretario de Defensa Wolfowitz, la Asesora de Seguridad Nacional Rice, y el Director de la CIA Tenet, y otros– tuvieron una influencia muy significativa, y tomaron decisiones que otros quizás no hubiesen tomado. Sin sobre enfatizar el punto, se puede decir que la Administración del Presidente Bush Jr. (43) actuó de manera distinta que lo hubiese hecho su padre, Presidente Bush (41). La visión del mundo y del rol estadounidense en ese mundo de la Administración Bush Jr. (43) contribuyó a una percepción (acertada o no) de un actor no muy interesado en las opiniones o recomendaciones de los demás. En un instante, la posibilidad de una Administración muy interesada en América Latina –o por lo menos en México, que podría haberse expandido a incluir al resto del hemisferio– sufrió una herida mortal.

El argumento no es causal –no digo que el 9-11 tuvo como resultado automático las decisiones tomadas. Sí

digo que el impacto del 9-11 llevó a la administración de turno a tomar ciertas decisiones –como las relacionadas a declarar la Guerra Global Contra el Terrorismo– que diera a la política exterior una característica más militar. Al “militarizarse” la política exterior estadounidense prestó mayor atención a soluciones militares e insuficiente atención a los otros elementos del “Poder Nacional”, como la diplomacia, la inteligencia, las fuerzas de seguridad pública, etc. Esto no quiere decir que no se prestó atención a esas áreas; si se avanzó por ahí. Pero la cara de la política era militar, y las prioridades 1, 2, y 3 eran la Guerra Global Contra el Terrorismo. Cualquier conversación de naturaleza de seguridad o defensa se dominaba por el tema del terrorismo, hasta en este hemisferio, donde la mayoría de los gobiernos no compartían esa perspectiva. Hasta en los casos de países con experiencia de terrorismo –como Argentina, Perú, Colombia– la perspectiva se basaba en una historia distinta.

Los años subsecuentes del 2001 han representado, en términos generales, una gran distracción de un interés mayor en los asuntos de América Latina. De la noche a la mañana, el lente principal (para no decir el único) a través del cual se vio el mundo exterior fue uno de la seguridad nacional y el terrorismo. Hay que añadir que en gran medida lo mismo ocurrió en el ambiente doméstico, con una preocupación singular. El esfuerzo organizacional más extenso desde la segunda guerra mundial se dio con la creación del Departamento de Seguridad Interna (*Department of Homeland Security*), cuando se trasladaron más de 180,000 empleados federales de 22 agencias distintas a esta nueva entidad. Se modificaron leyes internas para dar mayor autoridad de investigar asuntos internos; se reformaron leyes que habían establecido barreras entre la CIA y el FBI prohibiendo la mezcla de inteligencia externa con investigaciones internas; se creó un nivel burocrático adicional de inteligencia, el Director de Inteligencia Nacional que pretendía “mejorar” el esfuerzo de inteligencia; se modificó el Departamento de Defensa, creando el Comando Norte para tratar los temas internacionales con Canadá y México, y se estableció la oficina del Secretario de Defensa Asistente para Defensa Interna. Es difícil no sobreestimar el impacto del 9-11 en el gobierno federal norteamericano y su preocupación (para no decir obsesión) con la Guerra Global contra el Terrorismo.

Desde los finales del 2001 y principios del 2002, la burocracia norteamericana se ha modificado en los márgenes para enfatizar aún más las respuestas militares a una variedad de problemas y desafíos. Esto se debe, creo, a la sobre-reacción a los desafíos de Afganistán e Iraq. Me explico. En términos muy

básicos, los problemas mayores de Afganistán e Iraq post-conflicto no son de naturaleza militar; son más bien desafíos de desarrollo. Pero la Administración, viendo la situación a través de la lente del terrorismo, adaptó una política que afectó la manera en la cual el gobierno actúa en el exterior. Para el año 2005, basado en las lecciones aprendidas por la Administración, el Presidente Bush Jr. emitió una Directiva Presidencial de Seguridad Nacional para operaciones de estabilidad en la cual se establecen políticas y procedimientos para gestionar esfuerzos interinstitucionales relacionados a la reconstrucción y estabilización de países en crisis, dando la responsabilidad (pero no el presupuesto) y el liderazgo al Departamento de Estado. Por su parte, el Departamento de Defensa adaptó una directriz interna que provee lineamientos, establece políticas, y asigna responsabilidades para el apoyo militar para operaciones de “estabilidad, seguridad, transición, y reconstrucción”. Más aún, el entonces Secretario Rumsfeld decidió que las operaciones de estabilidad eran “misiones militares principales”, de igual importancia que operaciones de combate. Este cambio tenía como propósito transformar, en gran medida, la naturaleza de la institución, algo un tanto arriesgado.

Aunque a primera vista estas políticas se pueden entender y explicar, el problema primordial es que en vez de limitar esta perspectiva a países con realidades como Afganistán e Iraq, esas políticas distorsionaron al resto del sistema. El Departamento de Defensa, en vez de enfocarse en sus misiones primordiales y esenciales, ha distorsionado su enfoque al concentrarse en misiones secundarias, en gran medida –creo yo– porque es la crisis *de jour*. Lo que es tremendamente irónico en todo esto es que el gobierno estadounidense es culpable de hacer lo mismo que otros gobiernos de la región han hecho –al emplear a las fuerzas armadas en tareas que no les corresponden... *porque no tiene otras instituciones disponibles para realizarlas*.

Si bien es cierto que América Latina sufre de desafíos de desarrollo, la región está mucho más avanzada que Afganistán e Iraq. Las soluciones a largo plazo en esos dos países tienen que ver con progreso político, económico, social, de justicia, etc. Pero las debilidades son tan grandes que se requiere una presencia militar en las calles y en los campos para estabilizar la situación. Actualmente, las fuerzas armadas norteamericanas, junto con los aliados que les acompañan, son las únicas entidades capaces de proveer los servicios de economía, de justicia, de infraestructura, etc. Las otras agencias federales norteamericanas no están estructuradas, capacitadas, o dotadas para apoyar de manera más adecuada. De esta manera, aunque las otras

agencias –de Agricultura, de Comercio, de Desarrollo Internacional, etc.– deberían estar en la vanguardia, no lo pueden hacer. Por eso, el Comando Central, uno de los cinco comandos regionales de EEUU y el encargado de la región que incluye a Afganistán e Iraq (y también a Pakistán e Irán), es el actor principal.

De manera semejante, los comandos regionales con responsabilidades en el hemisferio occidental –el Comando Sur y el Comando Norte– están jugando un rol mayor en la región. En vez de que el Departamento del Estado –responsable para la política exterior y el esfuerzo diplomático– esté encabezando la interacción con la región, muchas veces es el Comando Sur con su comandante actual, el Almirante James Stavridis quien está liderando la campaña. La situación en América del Norte es distinta por varias razones. Primero, el comando es nuevo, creado en 2002 como consecuencia de 9-11; segundo, su enfoque primordial es la defensa interna del país y no las relaciones exteriores; tercero, la relación de México con Estados Unidos, sobre todo en temas de defensa, es mucho más delicada; y finalmente, la relación bilateral Canadá-EEUU es una de las más cercanas que existen, establecida mucho antes de la creación del nuevo comando.

Mucho más pertinente a este análisis es la relación del Comando Sur con la región. Todos los países de América Latina, salvo México, han tenido una relación militar con el Comando Sur durante estos años; es un actor reconocido, y en general, las relaciones militares con todos los países de la región son positivas, con algunas limitadas excepciones. En su afán de ser más efectivo en sus misiones, y más eficiente con sus recursos limitados, el Comando Sur está liderando la tarea de integrar las acciones de varias agencias estadounidenses, incluyendo a los Departamentos de Estado, Justicia, Energía, y Seguridad Interna, como también agencias tales como la CIA, el FBI, la DEA, y la USAID. A primera vista, esto parece ser bastante racional, dado que muchos de los desafíos de la región son multidimensionales y transnacionales; un esfuerzo inter-institucional es requerido. El problema no es que se esté realizando; el problema es la entidad que este liderando “la batalla”.

Esto no reviste una crítica al Comando Sur, ni mucho menos a sus comandantes. Si se analizan las declaraciones de los comandantes, desde el Almirante Stavridis en el 2008, hasta el Almirante Tidd en el 2018, todos reconocen que el rol militar debe ser limitado y que otras agencias deben liderar el esfuerzo. Pero esas otras entidades son limitadas, dado la estructura norteamericana actual, de actuar

con presencia mayor en la región, y por eso el Comando Sur toma la delantera. La crítica está más bien orientada hacia el aparato burocrático norteamericano que no ha sido capaz de reorganizarse para tratar las amenazas y desafíos del siglo XXI, los cuales –en muchos casos, sobre todo en esta región– no son de carácter militar. En vez de tener una entidad civil encargada de pensar estratégicamente y holísticamente sobre las necesidades de la región y conducir una campaña para ayudar en cuestiones de desarrollo (que obviamente tendrá elementos de seguridad y defensa para apoyar), se tiene a una entidad militar realizándola. Esto se debe a una falta de visión tanto del ejecutivo como del legislativo; ninguno de los dos ha sido capaz de visualizar una reorganización fundamental del sistema.

Y es precisamente aquí en donde entra el elemento de la militarización, lo que tiende a militarizar, o por lo menos dar la apariencia de militarizar, los desafíos de la región. Como decía Abraham Maslow, “si la única herramienta que uno tiene es un martillo, todo problema se ve como un clavo”. De nuevo, se enfatiza que aunque sí hay problemas y amenazas de índole militar, representan una fracción menor de los desafíos confrontados por la región. Las acciones, adquisiciones, y declaraciones del Presidente Chávez representaron la gran excepción a esta situación en su momento.

Segundo, genera confusión en aspecto de relaciones civiles-militares, un aspecto de preocupación dado la historia de la región. Uno de los aspectos importantes en el ambiente democrático post-regímenes autoritarios ha sido cómo imponer un control civil capacitado sobre las fuerzas armadas. La brecha histórica entre las fuerzas armadas y los dirigentes políticos a través de la región es bien conocida; ha costado tiempo y empeño incrementar la cantidad de civiles con conocimientos y destrezas para gestionar el sector defensa. El tener como la entidad líder en la región a una organización militar, que pareciera dirigir otras agencias civiles, no ayuda precisamente a una imagen de la subordinación de las fuerzas armadas a las autoridades civiles. El Comando Sur se ha reestructurado internamente para ser más efectivo, y eso incluye tener un civil de gran experiencia y jerarquía como el número dos de la organización. Ese paso es bueno, e importante, pero no cambia la esencia de la organización, que viene siendo una entidad militar que responde a las directrices del Pentágono. Esto es relevante por la historia de los EEUU en la región. Aunque hay países que no ven con recelo la actuación de los EEUU en el subcontinente, hay otros para los cuales la idea de la presencia militar norteamericana es muy chocante, siendo México el primero entre ellos.

Finalmente, el asunto más importante no es el hecho de que el Comando Sur –y el Comando Sur para y con México– esté haciendo todo lo posible para contribuir a la mejora de la situación de seguridad y defensa de la región. Qué bueno que por lo menos algunas organizaciones del gobierno estadounidense estén interesadas e involucradas en asuntos de importancia en la región, y hay que mantener capacidades militares efectivas para emplearlas donde y cuando sea necesario. Lo más importante es la realidad que los otros actores federales que deberían tomar la responsabilidad primaria del involucramiento con la región, como el Departamento de Estado, de Justicia, y sobre todo la Agencia de Desarrollo Internacional, no hayan recibido los recursos suficientes para rectificar la situación. Un cambio transformacional sería la creación de una organización civil para tratar los desafíos primordiales de la región que, como sostengo, no son de naturaleza militar.

Apenas unos datos para subrayar esta falta de balance. Para el año 2008, el presupuesto del Departamento de Defensa (DoD) representó el 20,7% del gasto del gobierno, 4,2% del PIB. Históricamente, esto no es alto. Su punto menor previo fue un 16,1% del gasto federal en el 1999 (3% del PIB), pero durante la Guerra Fría –1947 a 1989– su promedio fue de 41% del gasto federal, o 7,4% del PIB. 10 años después, aunque el gasto ha aumentado en términos absolutos, en términos relativos ha disminuido. Para el año 2017, el presupuesto del DoD representó el 15% del gasto del gobierno, y solo 3,1% del PIB.² Comparemos estos gastos con el presupuesto para “relaciones exteriores”. Aunque sí se gastó fuertemente en aspecto “diplomático” (el presupuesto del Departamento del Estado) al principio de la Guerra Fría –vale la pena recordar al Plan Marshall– con un promedio de 15% del gasto federal entre 1947-1950, en los últimos 20 años el promedio ha sido de apenas 1% del gasto federal. Esas cifras indican claramente la falta de énfasis en el aspecto diplomático (*soft power*). Aunque la gran mayoría de todo este gasto está destinado a otras partes del mundo, demuestra qué tan desbalanceada está la cartera de relaciones exteriores. Y para que quede claro: no sugiero que se reduzca el presupuesto del Comando Sur, que representa menos del 1% del gasto de defensa; inclusive, creo que debería aumentarse. Pero hay que incrementar de manera significativa los presupuestos de las otras agencias civiles. Y más importante aún, organizarlos de una manera más coherente para atender a la región.

2 Cifras oficiales de la Casa Blanca. <https://www.whitehouse.gov/omb/historical-tables/>

La buena noticia en todo esto es el reconocimiento, por lo menos de algunas personas importantes, de que el sistema federal actual requiere actualización. En términos mayores, el aparato para la seguridad nacional de los Estados Unidos –que viene siendo el aparato para la seguridad externa de los EEUU– es más o menos el mismo que se estableció después de la segunda guerra mundial. Si ha habido ajustes y modificaciones durante los últimos 60 años, incluyendo los ajustes post 9-11. Sin embargo, las realidades del siglo XXI son tremendamente distintas a las de los años 1950 y 1960. Reconociendo que aún existen amenazas estatales potenciales como China, Rusia, Irán, y Corea del Norte, la realidad es que hay muchas otras amenazas y desafíos con mayor probabilidad de confrontación...y esas son los desafíos que existen, en gran medida, en el hemisferio occidental. La tarea sería la siguiente: ¿cómo modificar el sistema de seguridad nacional para confrontar a esas amenazas y desafíos, y cómo hacerlo en coordinación y colaboración con los países socios y estratégicos del hemisferio?.

En el 2008 se organizó un proyecto importante denominado Proyecto de la Reforma de Seguridad Nacional, cuya meta era transformar el sistema anticuado a un sistema capaz de reaccionar a las realidades del siglo XXI. Lo encabezó Jim Locher, el asesor del ex-Congresista Jim Nichols en los 80's, quien fue el autor principal de la ley Goldwater-Nichols de 1986 que reestructuró a las fuerzas armadas norteamericanas para que operaran de manera conjunta. La meta de Locher y su equipo fue crear una nueva Acta de Seguridad Nacional para el siglo XXI. Desafortunadamente, y a pesar de la calidad del proyecto, no hubo voluntad política ni del ejecutivo ni el legislativo para implementar sus recomendaciones.

3. El efecto Trump

No es posible terminar estas reflexiones sin algunos comentarios sobre el impacto de la campaña electoral del 2015–2016 y la elección del Presidente Donald J. Trump en la política exterior de los EEUU, y el efecto de sus decisiones en la región. Dado que serví muy brevemente –apenas 28 días– como su asesor para el Hemisferio Occidental en el Consejo de Seguridad Nacional en la Casa Blanca, tuve la oportunidad de observar de manera bastante cercana el proceso de toma de decisiones de la actual administración. Me consta que muy poca atención se presta a cuestiones relacionadas a América Latina.

Algunos analistas han expresado preocupación con la militarización de la Casa Blanca, basado en las

designaciones de generales retirados para gestionar funciones tales como las de Consejero de Seguridad Nacional (Michael Flynn y H.R. McMaster), Secretario de Defensa (James Mattis), Secretario de Seguridad Interior y Jefe de Estado Mayor de la Casa Blanca (John Kelly), entre otras. Aunque sí merece atención, me parece que aunque sí es cierto que Trump tiene un respeto enorme para las fuerzas armadas estadounidenses, hay evidencia que no se ha limitado a instalar militares retirados. La selección de Mike Pompeo como el nuevo Canciller para reemplazar a Rex Tillerson es un ejemplo; aunque Pompeo es egresado de West Point y estuvo en el ejército por unos años, él es más bien un político ambicioso. Y el reemplazo de H.R. McMaster por John Bolton demuestra que lo que busca Trump más que nada es gente que esté dispuesta a apoyar su agenda, y en ese sentido tomará decisiones agresivas, pero no necesariamente influidas militarmente.

Aunque han pasado apenas 18 meses desde su inauguración, no se puede dudar que Trump ha ejercido un efecto global en muchos sentidos. Ejemplos sobran: la salida del Acuerdo de París, las regañadas a los países miembros de la OTAN, la salida del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica, la salida del acuerdo JCPOA sobre Irán, la mudanza de la embajada EEUU a Jerusalén, etc. Si bien es cierto que su estilo de negociar ha logrado ciertos avances con algunos adversarios, lo más preocupante es que suele usar las mismas técnicas con aliados y socios. Desde el primer momento en que anunció su candidatura a la presidencia, retó a México con estas palabras:

“Cuando México manda su gente, no envían a los mejores...Traen drogas. Traen crimen. Son violadores. Y algunos, supongo, son buenas personas...Yo construiría un gran muro, y nadie construye muros mejor que yo, créanme, y yo los construiré muy baratos, yo construiré un gran, gran muro en nuestra frontera sur. Y yo exigiré que México pague el muro. Recuerden mis palabras.”³

Y desde ese momento cuando arrancó la campaña, la retórica ha sido –en la gran mayoría de los casos– bastante agresiva en contra de México, con la notable excepción de su visita a la Ciudad de México en agosto del 2016. La llamada infame entre Trump y el Presidente Peña Nieto el viernes 27 de enero, el día

3 Washington Post Staff, “Full text: Donald Trump announces a presidential bid,” in *The Washington Post*, June 16, 2015. https://www.washingtonpost.com/news/post-politics/wp/2015/06/16/full-text-donald-trump-announces-a-presidential-bid/?utm_term=.5c80aefec894

después de la cancelación de la visita planificada para el próximo martes 31 de enero, debido al intercambio de *tweets* con respecto a la cuestión de que México debería pagar el muro, también fue bastante duro.

Hago mención de esta llamada (la cual la escuché en vivo), y una segunda llamada 13 meses después, porque se puede captar la actitud prepotente con la cual el presidente de los Estados Unidos trata al presidente mexicano –uno de los países socios más cercanos en términos diplomáticos, económicos, y de seguridad y defensa. Esa es la mala noticia. La buena noticia es que a pesar de la predisposición del presidente, el Secretario de Defensa James Mattis (general de los Marines retirado) ha hecho un esfuerzo para establecer y mantener una relación positiva con el Secretario de la Defensa Nacional (el General Salvador Cienfuegos) y el Secretario de Marina (el Almirante Vidal Soberón). Esto se ha reflejado en el esfuerzo del Secretario Mattis al patrocinar el Ministerial de Defensa Norteamericana en mayo del 2017, durante el cual ofreció una ceremonia de honor al iniciar el evento, la primera conducida durante la gestión de Mattis. También hay que resaltar que Mattis viajó a México para participar en las celebraciones de El Grito, siendo la primera vez que un secretario de defensa de los EEUU participa en dicho evento.

Como suele ocurrir con respecto a América Latina, el Secretario Mattis no ha tenido mucho contacto con sus contrapartes hasta la fecha, aunque se anticipa que sí va a participar en la XIII Conferencia de Ministros de Defensa de las Américas en octubre del 2018. El único otro contacto que ha ocurrido fue una llamada telefónica con Joaquim Silva e Luna, el Ministro de Defensa de Brasil el 18 de abril del 2018. Según el Departamento de Defensa, los dos ministros conversaron con respecto a la relación de defensa estratégica entre los EEUU y Brasil, con un enfoque sobre la crisis humanitaria en Venezuela.⁴ Como suele ocurrir, le corresponde al Subsecretario Adjunto de Defensa para el Hemisferio Occidental tomar y mantener el contacto rutinario; y efectivamente, el actual Subsecretario –Sergio de la Peña– está viajando constantemente a la región, donde ha visitado México, Centroamérica, Colombia, Chile, Argentina, y Brasil.

4 Resumen de llamada telefónica entre Secretario de Defensa James N. Mattis y el Ministro de Defensa Joaquim Silva e Luna, 19 de abril, 2018. <https://www.defense.gov/News/News-Releases/News-Release-View/Article/1498363/readout-of-secretary-of-defense-james-n-mattis-phone-call-with-brazilian-minist/>

Lo que se observa –hasta la fecha– es que a pesar del estilo y la sustancia de la política exterior del Presidente Trump, las relaciones de defensa entre los EEUU y los países de la región se han mantenido relativamente constantes, e inclusive se pueden notar mejoras en algunos casos, como por ejemplo Brasil y Argentina. Dicho eso, si gana Andres Manuel López Obrador en México las elecciones del 1º de julio, la muy buena relación EEUU–México en términos y seguridad y defensa puede empezar a sufrir a partir del 1º de diciembre. Y lo más irónico de eso es que ha sido la actuación de Trump con respecto a México lo que ha generado una reacción de la sociedad mexicana para votar al candidato más anti-estadounidense en la campaña.

Conclusiones

A lo largo de estas páginas hemos analizado varias asuntos, postulando que el rol que han jugado las fuerzas armadas de los Estados Unidos –a pesar de sus buenas intenciones– no ha sido tan positivo como se podría desear. Este análisis crítico ha pretendido señalar algunas carencias que se puedan corregir para mejorar sus relaciones con los países de América Latina. De donde mis conclusiones son tres.

Primero, los cambios recientes en el sistema internacional no son temporales; van a acelerar diversos procesos. Los impactos que hemos visto son apenas el comienzo de una serie de transformaciones a las cuales todos los países del hemisferio van a tener que adaptarse, y los pueblos de América Latina tienen que aceptar las realidades del mundo globalizado. Les guste o no, les parezca justo o no, quieranlo o no, el mundo es como es. Ningún otro país externo a la región –ni China, ni India, ni Rusia, ni los propios Estados Unidos– es capaz de solucionar los problemas internos de las naciones del hemisferio. Sí podrán ayudar, aconsejar, recomendar; pero las decisiones difíciles les corresponden a los pueblos, por medio de sus gobiernos, y hay que tomarlas acertadamente. De lo contrario, el futuro será muy semejante al pasado.

Segundo, por su parte, hacía falta re-equilibrar la política exterior de los Estados Unidos en términos generales. Inclusive si el país siguiera en su condición de “hiperpotencia” que supuestamente existía al finalizar la última década del siglo XX, la tendencia a buscar soluciones militares a cualquier problema tiene que disminuir dramáticamente. Todo el mundo sabe que si todas las demás opciones fracasan, existe la opción militar; no hace falta sobre enfatizarlo; ya se han visto los costos de esas técnicas. También, es muy importante re-estructurar el sistema de seguridad nacional del país. Las instituciones, las

metodologías, las organizaciones, y las capacidades creadas y desarrolladas para confrontar las amenazas de la Guerra Fría ya no se acoplan a las realidades del mundo actual. En mi opinión, este es el momento en que el país se tiene que enfocar en su propio barrio. Puede ser que el dinamismo de Asia incremente su importancia relativa en el mundo globalizado. Pero eso no tiene que condenar al hemisferio occidental, ni a América Latina, a una condición de aceptar las sobras; por el contrario, representa una oportunidad de tomar ventaja de todo lo que une a los países de la vecindad, minimizar lo que los separa, y reunir esfuerzos para confrontar el futuro.

Sin embargo, la oportunidad de re-equilibrar la política exterior de los Estados Unidos en términos para mejorar las relaciones con los países responsables de la región se ha desperdiciado. El escenario heredado por Trump fue mucho mejor que el que heredó Obama –que tenía que liderar con Fidel Castro, Hugo Chávez, Cristina Fernandez de Kirchner, Michelle Bachelet, Dilma Rousseff, Rafael Correa, Evo Morales, y Daniel Ortega (entre otros) en el apogeo del ALBA, un grupo de políticos con visiones muy cruzadas al sistema estadounidense de organizarse políticamente y económicamente. Por su parte, Trump llegó con Mauricio Macri (no Cristina), Michel Temer (y no Dilma), Pedro Pablo Kuczynski; con la salida de Fidel Castro y Hugo Chávez, reconociendo que Raúl no es Fidel, y Nicolás Maduro no es Hugo; y con la certeza que se iban Bachellet y Correa con la probabilidad que llegaban presidentes más moderados en su lugar. Había una ventanilla de oportunidad para consolidar una acción efectiva para aliviar la crisis en Venezuela, y se ha perdido (hasta el momento).

Finalmente, la cuestión de la militarización actual está en debate porque hay dificultades no resueltas en la mayoría de los países de la región. Los espacios abiertos con las salidas de los gobiernos militares, en muchos casos, no han sido aprovechados con la llegada al poder de los gobiernos civiles. Las encuestas que indican que la mayoría de las poblaciones de la región aceptarían un gobierno autoritario si fuese capaz de entregar estabilidad económica enfatiza la debilidad en general de las democracias. Muchos de los países aún tienen sistemas democráticos ineptos, con partidos políticos débiles, instituciones frágiles, y dirigentes corruptos. Esta realidad conduce a gobiernos incapaces de proveer soluciones eficaces a sus pueblos. En muchos casos, las únicas instituciones competentes –o por lo menos existentes– son las fuerzas armadas. El problema de fondo no son las fuerzas armadas en sí; son los gobiernos que no han resuelto los asuntos primordiales de sus pueblos. Es importante reconocer la diferencia.

Bibliografía

AFJ (2012). “Redrawing the COCOM Map” *Armed Forces Journal* (AFJ). <http://www.armedforcesjournal.com/redrawing-the-cocom-map/>

Bello, Vicente (2017). “Tren Parlamentario: Jim Mattis, los feminicidios, los acarreados de la noche del Grito...”, in *Vértice*, September 19, 2017. <http://verticediario.com/tren-parlamentario/>

Convergence (2013). Center for Complex Operations, Institute for National Strategic Studies, National Defense University Press.

Deare, Craig A. (2008). “La militarización en América Latina y el papel de Estados Unidos,” in *Foreign Affairs Latinoamérica*, México, D.F., 8(3), pp. 22-34.

Deare, Craig A. (2009). “Time to Improve U.S. Defense Policy Toward the Western Hemisphere,” in *Joint Forces Quarterly*, no. 53 (2d Quarter) 2009, pp. 34-42.

Diaz Briseño, José (2017). “Llamó Kelly a México ‘narcoestado fallido,’” in *Reforma*, September 16, 2017. <https://www.reforma.com/aplicacioneslibre/preacceso/articulo/default.aspx?id=1211249&v=3&urlredirect=https://www.reforma.com/aplicaciones/articulo/default.aspx?id=1211249&v=3>

Estévez, Dolia (2017). “No necesitamos a México, dijo Trump a Peña Nieto,” in *proyectopuente*, February 1, 2017. <http://proyectopuente.com.mx/2017/02/01/necesitamos-a-mexico-dijo-trump-a-pena-nieto/>

Proceso (2017). “Trump humilló a Peña y lo amagó con enviar sus tropas a México, revela Dolia Estévez,” in *Proceso*, February 1, 2017. <http://www.proceso.com.mx/472688/trump-humillo-a-pena-lo-amago-enviar-sus-tropas-a-mexico-revela-dolia-estevez>

PNSR (2008). Project on National Security Reform (PNSR), Forging a *New Shield* (Washington, DC: PNSR, November 2008).

Reid, Michael (2015). “Obama and Latin America: A Promising Day in the Neighborhood,” in *Foreign Affairs*, 94:5, (Sep/Oct 2015).

Reuters (2017). “US, Mexican security officials speak despite diplomatic rift,” in *Reuters*, February 7, 2017. <https://www.reuters.com/article/us-usa-mexico-defense/u-s-mexican-security-officials-speak-despite-diplomatic-rift-idUSKBN15N07F>

Sinembargo (2017). “EPN cancela viaje a Washington después del portazo de Trump; la Casa Blanca propone nueva cita,” in *sinembargo*, January 26, 2017. “<http://www.sinembargo.mx/26-01-2017/3140784>

US Department of Defense (2017). “Media Availability by Secretary Mattis en route to Mexico,” DoD News Transcript, September 15, 2017. <https://www.defense.gov/News/News-Releases/News-Release-View/Article/1191480/readout-of-secretary-mattis-meeting-with-the-north-american-defense-ministerial/>

US Department of Defense (2017). “Readout of Secretary Mattis’ Call with Mexico Secretary of National Defense General Salvador Cienfuegos Zepeda and Secretary of the Navy Admiral Vidal Soberón Sanz,” DoD Press Release No. NR-049-17, February 7, 2017. <https://www.defense.gov/News/News-Releases/News-Release-View/Article/1075366/readout-of-secretary-mattis-call-with-mexico-secretary-of-national-defense-gene/>

US Department of Defense (2017). “Readout of Secretary Mattis meeting with the North American Defense Ministerial,” DoD Press Release No. NR-197-17, May 23, 2017. <https://www.defense.gov/News/News-Releases/News-Release-View/Article/1191480/readout-of-secretary-mattis-meeting-with-the-north-american-defense-ministerial/>

Wiarda, Howard J. (2001). *The Soul of Latin America*, Yale University Press, 2001

Washington Post Staff (2015). “Full text: Donald Trump announces a presidential bid,” in *The Washington Post*, June 16, 2015. https://www.washingtonpost.com/news/post-politics/wp/2015/06/16/full-text-donald-trump-announces-a-presidential-bid/?utm_term=.5c80aefec894